

V

Uno de los deleites más sibaríticos para el feroz egoísmo humano, es ver—desde una pradería fresca, toda empapada en agua, toda salpicada de amarillos ranunclos y delicadas gramíneas, á la sombra de un grupo de álamos y un seto de mimbrales, regalado el oído con el suave murmurio del cañaveral, el argentino cántico del riachuelo y las piadas ternezas que se cruzan entre jilgueros, pardales y mirlos— cómo vence la cuesta de la carretera próxima, á paso de tortuga, el armatoste de la diligencia. Hace el pensamiento un paralelo (fuente de epicúreos goces, sazonados por el espectáculo del martirio ajeno), entre aquella fastidiosa angostura y esta dulce libertad, aquellos malos olores y estas auras embalsamadas, aquel ambiente irrespirable y esta atmósfera clara y vibrante de átomos de sol, aquel impertinente contacto forzoso y esta soledad amable y reparadora, aquel desapacible estrépito de ruedas y cristales y estos gorjeos de aves y manso ruido de viento, y por último, aquel riesgo próximo y esta seguridad deliciosa en el seno de una naturaleza amiga, risueña y penetrada de bondad.

No todos razonan y analizan esta impresión con lucidez; pero apenas hay quien no la sienta

y saboree. Bien la definía y paladeaba el médico de Cebre, Máximo Juncal, entretenido en *echar* un cigarro, tumbado boca arriba en un pradillo de los más amenos que puede soñar la imaginación. El médico vestía tuina de dril y calzaba zapatos de becerro; ni cuello ni corbata tenía; su camisa de dormir, desabotonada, no tapaba unas clavículas duras y salientes como pechuga de gallo viejo ya desplumado; en sus manos afianzaba el último número de *El Motín*, donde acababa de leer las picardigüelas de un *curiana* allá en Navalcarnero, enviadas al periódico por un corresponsal rígidamente virtuoso, que escribía "mojando la pluma en la indignación.."

Desde que por la carretera, bastante más elevada que el prado, vió Juncal asomar la nube de polvo que anuncia la proximidad de un coche de línea, interrumpió la para él sabrosísima lectura de los sueltos clerófobos, y alzando la cabeza, entre chupada y chupada, púsose á considerar atentamente las trazas del gran mamotreto. Oyó el repiqueteo de los cascabeles y campanillas, tan regocijado cuando el tiro trota, como melancólico cuando va á paso de caracol. Vió luego aparecer el macho delantero, y á sus lomos el flaco zagal, vestido de lienzo azul, con gorra de pelo encasquetada hasta la nuca, aletargado completamente bajo la influencia de un sol de brasa. Manteniase sin caer del caballo merced á un milagro de equilibrio y á la costumbre de andar así; pero lo cierto es que dormía. Dormía también el mayoral; sólo

que ese ya roncaba cínicamente, espatarrado en el pescante, con la bota casi desangrada bajo el sobaco, el mango de la tralla escurriéndosele de la mano, los carrillos echando lumbre y colgándole de los labios un hilo de baba vinosa. Y dormirían los caballos del tiro, si se lo permitiesen los encarnizados y fieros tábanos y las pelmas de las moscas, infatigables en lancetarle la piel. Los infelices jacos se estremecían, coceaban, sacudían las orejas con frenesí, se mosqueaban con el rabo, y solían arrancar al trote, creyendo huir de la tortura.

—Bueno va—pensó en alto el médico, riéndose sin pizca de compasión.—El tiro campa por su respeto. ¡Y apenas va cargado el coche! No entiendo cómo no vuelca todos los días.

En efecto; desde lejos era el aspecto de la diligencia sumamente alarmante. La base de la caja parecía angostísima en relación con la cúpide, que la formaba una inmensa vaca ó imperial agobiada con cuádruple peso del que razonablemente admitía. Por todas partes emergían de la polvorienta cubierta enormes baules, cajones descomunales, fardos de colchones, grupos de sillas, pues la mujer del empleado trasladaba su ajuar enterito. Del cupé, que también iba atestado de gente, sobresalían cestos con gallinas, y más líos, y más rebujos, y más maletas, y otra tanda de cajones. No se comprendía, al ver la penosa oscilación de la desproporcionada cabeza del carruaje sobre las endeables ruedas, que ya no se hubiese roto un eje, ó que la mole no se rindiese á su propia pesadum-

bre. Algo que entrevió Juncal al través de los cristales de la berlina, completó su malicioso regocijo.

—¡Y para más, dentro va el Arcipreste de Loiro! Diez ó doce arrobas de suplemento. Lo que es hoy...

Al pensar esto el médico, llegaba el tiro á la revuelta de un puentecillo tendido sobre un riachuelo de mezquino caudal—el mismo que corriendo entre mimbrales y alisos regaba la pradería.—Era la revuelta asaz rápida; el tiro, entregado á su propio impulso, la tomó muy en corto. Juncal se incorporó, soltando un terno. No tuvo tiempo á más, porque en un santiamén, sin saberse cómo, toda la balumba de coche y caballos se revolvió, se enredó, se hizo un ovillo, y al sentir el peso del carruaje, que se inclinaba con crujido espantoso, encrespáronse los caballos, relinchando de ira y susto, irguióse la lanza por cima del pretil del puente, y el macho delantero, con el zagal encima, y tras él un caballo de cortas, salieron despedidos con ímpetu, haciendo ¡plaf! en mitad del riachuelo, lo mismo que ranas. Avínole bien á la diligencia, que la misma fuerza del empuje rompió cuerdas y tirantes, impidiéndola precipitarse con el resto del tiro desde una altura no extraordinaria, pero suficiente para hacerla añicos. Su peso descomunal la sujetó, volcada al borde del puente y recostada en él.

Dicen personas expertas en esta clase de lances, que ni los testigos oculares, ni las víctimas, son capaces de referir puntualmente las

peripecias que se suceden en un abrir y cerrar de ojos, ni menos recordar de qué manera, guiado por el instinto de conservación, se pone en salvo cada quisque.

Yacía tumbado el coche; el mayoral había despertado rodando del pescante al suelo y abriéndose la cabeza, y sin duda por la descabradura se le refrescó y se disipó la mona, pues ágil ya y despabilado, se emperraba en aquietar y desenredar el tiro, metiéndose entre las bestias con intrepidez salvaje, lidiando cuerpo á cuerpo, á coces y puñadas, con mulas y machos, sin diferenciarse de ellos más que en las espantosas blasfemias que escupía. Por ventanillas y portezuelas fueron asomando cabezas, brazos, hombros, hasta piés, pugnando por romper su cautiverio. Surgieron dos estudiantes, tiraron de la moza, y la sacaron arrastra; y como se empeñase en recoger sus quesos, vociferaron y la desviaron á empellones. La empleada salió pálida como la cera, apretando silenciosamente al niño, que lloraba sin consuelo; luego el notario, echando venablos; y por la portezuela de la berlina, poco menos amarillo que la empleada, saltó Trampeta con una mano sangrando de la cortadura de un cristal. Los del cupé, gente aldeana, descendían aturdidos de sorpresa. En el mismo instante llegaba Juncal, á todo correr, al pié de la diligencia volcada.

—¿Qué es eso, hombre? ¿Qué es eso?— preguntó á Trampeta.

—Ya lo ve, Máximo... Hoy nacimos todos...

—respondió el cacique sin poder hablar del susto.—Míreme aquí, hombre, si tengo cortada la vena...

—Qué vena ni qué caracoles... Acudir á los que quedan dentro, hombre... ¿Queda alguien? A ver...

Con ayuda de los estudiantes, tenía ya el mayoral casi apaciguado el tiro, y sólo le faltaba reducir á una mula que, habiéndose cogido la cabeza entre dos correas, á fuerza de patear se empeñaba en ahorcarse. El médico miró hacia el fondo de la berlina. Salía de allí un ahogado y entrecortado ronquido, tan hondo como el registro más grave de un órgano; y el médico vió á un viajero de buenas trazas metido en la ardua faena de mover la masa gigante del señor Arcipreste, y empujarla hacia la portezuela. Momentos antes Máximo Juncal se sentía animado de los más siniestros propósitos contra la Iglesia en general y el clero diocesano en particular; pero la vista del lastimoso cuadro le ablandó las entrañas, que más que dañadas tenía curtidas por la hiel de un temperamento bilioso, y sin hacer caso de la herida de Trampeta, que éste liaba con el pañuelo, acudió en auxilio del viajero enguantado, á quien veía de espaldas, llamando al notario para refuerzo.

—Empújelo V. hacia acá... Yo tiraré por la pierna... ¡Eh! señor escriba, aguante V. aquí... coja este pié... así... quietos... ya pasó un muslo... ¡Arráncate nabo! ¡Ey... que me hundo, que me hundo! ¡Apuntáleme, escriba de los dios!

Salió en vilo, sostenida por los puños de Juncal y los fuertes brazos del notario, la mole del desventurado Arcipreste, que dormido durante la catástrofe, no comprendía lo que pasaba, y se veía con sus compañeros de viaje encima, y una astilla de la destrozada caja hincándosele en un costado. Tal fué su estupor, que se le cortó el habla, y sólo exhalaba sordos ronquidos de agonía. Apareció hecho una lástima, con el rostro amoratado y congestionado, en desorden los venerables cabellos blancos, la cabeza y manos no ya temblonas, sino perláticas, y el balandrán roto. Juncal torció el gesto, y falló para sí:

—A sus años, esto echa á un hombre á la sepultura.

El caritativo viajero salió á su vez; tiempo era ya. De la brega tenía destrozados los guantes y descompuesto el traje; con los esfuerzos, se le había coloreado la tez y animado el rostro, quitándole, como suele decirse, diez años de encima, ó mejor dicho revelando su verdadera edad, más alrededor de los treinta y pico que de los cuarenta. Aproximósele Juncal muy solícito, y al fijar los ojos en él, se echó atrás admirado.

—V. dispense... —pronunció.— ¡Soy capaz de aventurar algo bueno á que es V. de la familia de la difunta señora de Ulloa, Doña Marcelina Pardo!

El viajero se sorprendió también.

—Su hermano, para servir á V.—contestó.— ¿Tanto me parezco?

—Facción por facción, no señor; pero el aire, es una cosa, como dicen aquí, escupida... Con que es V...

—Gabriel Pardo de la Lage, para lo que V. guste mandar. No cree V. que ahora convenría...

—Lo que conviene es que todos los pasajeros se vengan á Cebre, y allí se curarán los heridos, y los asustados tomarán un trago y un bocado para tranquilizarse... Al mayoral y al zagal les mandaremos gente que ayude á enderezar el coche, y á llevar los caballos á la cuadra, que falta les hace también... A bien que en Cebre ya de todas las maneras tenían que mudar... Hay herrero que empalme la lanza rota, y carpintero que eche un remiendo á la caja... El coche no ha sufrido grandes desperfectos... Fué más el ruido que las nueces... El que tenga que curar algo, á mi casa en seguidita... ¿V. ha salido ileso, señor de Pardo?

—Noto un dolor en este codo... Alguna rozadura.

—Veremos... V. no se va á la posada, que se viene á mi choza... Espero en Dios que podrá V. seguir el viaje.

—Mi propósito era bajarme en Cebre. Y, en efecto, me he bajado, sólo más aprisa de lo que pensé.

Sonrióse al decir esto, y Juncal le encontró "templado", y simpático. La caravana se puso en marcha: los estudiantes, de los cuales sólo uno tenía un chichón en la frente, iban locuaces y jaraneros, metiendo á barato el percañe; la

moza, antecogiendo su cestilla de quesos, que al fin había logrado rescatar; la mujer del empleado cargada con su rorro, que se abría á puros llantos, sin que la madre le diese más consuelo que decirle—Calla que se lo hemos de contar á papá... á papaito;—Trampeta, con la mano liada, seguro ya de no desangrarse y nuevamente cebada la curiosidad al saber que el enguantado viajero era el propio cuñado del marqués de Ulloa; el notario de Cebre, tan arrimadito á la moza chata como la moza á sus quesos; y el Arcipreste, cogido del brazo de Juncal, flanqueándole las piernas, temblándole el cuerpo todo, gimiendo y resoplando.

VII

Los que no tenían casa ni amigos en Cebre, hubieron de dar con sus molidos cuerpos en el mesón que allí toma nombre de fonda; el Arcipreste fué á pedir hospitalidad á su correigionario el cacique Barbacana; y al viajero de los guantes, ó sea Don Gabriel Pardo, se lo llevó consigo el médico, sin permitir que se cobijase bajo otro techo sino el suyo, porque desde el primer instante le había *entrado* el cuñado del marqués—y cuenta que no simpatizaba fácilmente con las personas el bueno de Juncal.

Agasajó á su huésped lo mejor que pudo y supo, diciéndole á cada rato que su *señora* estaba ausente, pero volvería dentro de un ratito, y entonces se sentarían á *hacer penitencia*. A pesar de las ideas avanzadísimas de Juncal, que con la revolución se habían acentuado aún más en sentido anticlerical y biliosamente demagógico, guardóse bien de informar á Don Gabriel de que la susodicha *señora* (nombre con que se llenaba la boca), había sido una panadera de las famosas del pueblo de Cebre: cierto que la de más almidonadas enaguas, limpias medias, rollizos mofletes y alegres y *churrusqueiros* ojos que tenía el país. Por sus muchos pecados, tropezó Juncal en aquel dulce escollo desde su llegada á Cebre, y al fin, después de unos cuantos años de enharinamiento ilícito, un día se fué, como el resto de los mortales, á pedir al párroco la sanción de lo comenzado sin su venia. Y justo es añadir que á su mujer, tan jovial y sencilla ahora como antes, se le daba un ardite de la posición social, y solía decir á menudo:—Cuando yo llevaba el pan á casa de Don Fulano, ó de Don Zutano...—Hasta, por un resto de afición á las cosas del oficio, había persuadido á su esposo á que adquiriese y explotase un molino, poco distante del prado en que el médico presenció el vuelco de la diligencia. Mientras el marido leía ó descansaba, la buena de *Catuxa*, que así llamaba todo Cebre á la señora de Don Máximo, era dichosa ayudando al molinero á cobrar las maquilas, midiendo el grano, regateando la

molienda á sus antiguas colegas, charlando con ellas á pretexto del negocio y viviendo perpetuamente en la atmósfera de fino polvillo vegetal á que sus poros estaban hechos.

Envuelta venía aún en flor de harina cuando entró en la salita donde la esperaban Máximo y Gabriel; traía los brazos remangados y el pelo gris, como si se lo hubiesen recorrido con la borla impregnada de polvos de arroz, lo cual hacía más brillantes sus ojos, más límpido el sano carmín de sus trigueñas mejillas. Saludó sin cortedad, con expansiva lisura, y Don Gabriel por su parte empezó á tratarla con tan reverente cortesía como á la más encopetada richembra; pero en breve comprendió que la complacería mudando de tono, y hablóle con laneza festiva, sin renunciar por eso á mostrarse deferente y cortés. Ambos matices los notó Juncal, que no tenía pelo de tonto, y creció su inclinación hacia el viajero, que le parecía ahora tan discreto como caritativo antes.

Comieron en una ancha sala con pocos muebles: Catuxa cerró casi del todo las maderas de las ventanas, por las cuales se colaba una delgada cinta de luz, y ofreció á cada convidado una rama de nogal con mucho follaje, para que mientras comían no se descuidasen en apartar las moscas. No hizo ascos á la comida Don Gabriel, y alabó como se merecían algunos platos muy gustosos, los pollitos tiernos aderezados con guisantes, las sutiles mantequillas trabajadas en figura de espantable culebrón, con ojos de azabache y una flor de borraja hincada de

trecho en trecho en el escamoso lomo. Tales primores gastronómicos revelaron á Don Gabriel que la señora de Juncal trataba bien á su marido y le hacía grata la vida: así era en efecto, moral y físicamente, y por humillante que parezca esta confusión de fuerzas tan distintas, el genio apacible y las mantequillas suaves de Catuxa influían á partes iguales en sosegar la bilis del médico.

Mientras duró el festín, Juncal y su huésped hablaron mucho del lance del vuelco, del escándalo de que menudeasen tanto, de que en no multando á las empresas, éstas hacían su gusto, riéndose de quejas de viajeros y piernas rotas. Informóse Don Gabriel de los antecedentes de su curioso compañero de viaje, y al referirle Juncal algunas de sus caciquescas hazañas, se rió recordando la indignación con que Trampeta condenaba en Barbacana otras muy parecidas. A los postres, notó el médico que su huésped parecía molestado, aunque hiciese esfuerzos para disimularlo.

—¿V. no se encuentra bien?

—No es nada... Parece como si este brazo se me hubiese resentido un poco; me cuesta trabajo moverlo. No se apure V. ahora. Cuando nos levantemos de la mesa tendrá la bondad de reconocérmelo, á ver qué ha sido.

Quería Juncal verificarlo al punto, mas el huésped afirmó que no valía la pena de darse prisa, y el médico en persona preparó el café con una maquinilla de espíritu de vino, mientras Catuxa subía de la bodega una botella de

ron muy añejo, guarnecida de telarañas. Tal regalo fué, como suele decirse, pedir el goloso para el deseoso; porque si bien Don Gabriel no se negó á gustar el rancio néctar, el caso es que Juncal le hizo la razón con tanta eficacia, que se bebió de él casi la mitad. Siempre había sido Juncal, aun en tiempos en que no se le caía de la boca la higiene, grande amigo del licor de la Jamaica; pero desde que se unió en santo vínculo á Catuxa, la ignorante panadera le obligó á practicar lo que predicaba, cerrando bajo siete llaves el ron y dándoselo por alquitara, ó en ocasiones muy singulares, como la presente.

Alzados los manteles, retiráronse Juncal y Don Gabriel al despacho del primero, donde había estantes de libros profesionales, una cabeza desollada y asquerosísima, con un ojo cerrado y otro abierto, que representaba el *sistema venoso*, estuches y carteras de lancetas y bisturís, y no pocos números de *El Motín* y *Las Dominicales* rodando por sillas, pupitre y suelo. Despojóse Don Gabriel de su americana de paño gris á cuadros; desabrochó el gemelo de su camisa, y la levantó para mostrar el brazo lastimado. Lo palpó Juncal, se lo hizo mover, y observó concienzudamente, por las manifestaciones del dolor, de qué índole era y en qué punto residía la lesión. Dos ó tres veces notó en el semblante del viajero indicios de que reprimía un ¡ay! Con seriedad é interés le dijo:

—No repare V. en quejarse... Estamos á saber qué le duele, y cuánto y cómo.

—Si he de ser franco—respondió sonriendo

Don Gabriel—me escuece unas miajas. Se conoce que al tratar de mover á aquel buen señor de Arcipreste, todo el peso de su cuerpo y del mío juntos cargó sobre este brazo, que hacia fuerza en la delantera de la berlina... Será una dislocación del hueso.

—No, señor; creo que no tiene V. nada más que un tendón relajado, aunque el pronóstico de esta clase de lesiones es muy aventurado siempre, y se lleva uno cada chasco, que da la hora. Si V. fuese un labriego...

—¿Qué sucedería?

—Se lo voy á decir á V. con toda franqueza, por lo mismo que estoy hablando con una persona que me parece altamente ilustrada...

—¡Por Dios!...

—No, no; mire V. que tengo buena nariz, y ciertas cosas se conocen en el olor. Pues lo que haría si V. fuese uno de esos que andan arando, sería llamar á un *atador* ó *algebrista*, de los infinitos que hay por aquí...

—¿Curanderos?

—Componedores; son al curandero lo que al médico el cirujano operador. Justamente aquí cerca tenemos uno, el más famoso diez leguas en contorno, que hace milagros. Cuando yo llegué de la Universidad, llegué lleno de fantasía, y me enfadaba si me decían que los algebristas pueden reducir una fractura sin dejar cojo ó manco al paciente; después me fuí convenciendo de que la naturaleza, así como es madre, es maestra del hombre, y el instinto y la práctica obran maravillas... Con cuatro emplastos y co-

cimientos, y, sobre todo, con la destreza manual, que raya en admirable...

Decía todo esto Juncal mientras aplicaba compresas empapadas en árnica y vendaba el brazo de Don Gabriel.

—Creo—respondió el paciente—que V. habla así por lo mismo que domina su arte y no teme competencias. No todos los médicos pensarán como V. en ese punto...

—Pensar, tal vez, pero no quieren confesarlo; hasta los hay que persiguen de muerte á los algebristas. Los más encarnizados no son los médicos, sino los veterinarios—porque los atadores curan indistintamente hombres y animales, no reconociendo esta división artificial creada por nuestro orgullo. ¿Eh?

El médico miró á Don Gabriel como reclamando su aquiescencia á este rasgo de osadía filosófica. Don Gabriel sonrió. Se había terminado la cura, y bajaba la manga para vestirse otra vez.

—¡Y decir—murmuraba el médico ayudándole á pasar un brazo por una manga—que se ha llevado V. ese barquinazo por meterse á redentor de un hipopótamo de cura..., de un parroquidermo! Suerte tuvo en dar con V. Yo le dejo allí en escabeche para toda su vida.

Esto lo insinuaba Juncal con la secreta esperanza de provocar al viajero á espontanearse en política, para saber cómo pensaba y tener el gusto de discutir; pero se llevó chasco, pues Don Gabriel no se dió por aludido, contentándose con hacer un leve ademán, que podía sig-

nificar:—Cualquiera persona regular obraría como yo.

—Ahora—ordenó Máximo—procure V. no hacer con ese brazo movimiento alguno, pues estas lesiones las cura la paciencia. Quietud, y más quietud.

—¡Qué diablura!—exclamó Don Gabriel incorporándose.—El caso es que para montar á caballo, tendré sin remedio que usar de él... Porque es el izquierdo.

—¡Bah! Las caballerías de aquí, lo mismo se rigen con la derecha que con la zurda. Mejor dicho, con ninguna de las dos. Ellas hacen lo que les da la real gana, y salen disparadas así que ven una hembra, y muerden, y bailan el wals, y otros excesos... ¿A dónde quería V. ir? Si no es indiscreción.

—De ninguna manera. Tengo que ir á la rectoral de Ulloa, y después á los Pazos, á casa de... mi cuñado.

En el rostro del médico se pintó un segundo la irresolución, el temor de *sobrar ó faltar* que tanto acucia á los que llevan mucho tiempo de vida campestre, sin trato que pueda llamarse social. Al fin se determinó, y dijo con cordialidad suma:

—Don Gabriel, no me creará tal vez, pero desde que le vi me ha inspirado simpatía... vamos, yo soy así; soy muy raro; hay gentes que no me llenan nunca, y V. me llenó incontinenti... Estoy con V. ya como si le hubiese tratado toda la vida... No pondero... Soy franco, y lo que ofrezco lo ofrezco de corazón... Hoy es muy

tarde ya para ir adonde V. quiere; ni tampoco conviene que mueva el brazo, al menos en las primeras veinticuatro horas. Ya que está en mi pobre choza, tenga la dignación de quedarse en ella. Sábanas lavadas y cena limpia no le han de faltar. Mañana por la fresca, después que descanse, le doy mi yegüecita, que la gobernará con la punta de un dedo, cojo otra hacanea, y le acompaño hasta la rectoral de Ulloa... ¡ó hasta el cabo del mundo, si se precisa!

No era Don Gabriel hombre capaz de contestar con mil y tantos cumplimientos á una improvisación semejante. Tomó la diestra del médico, la apretó, y dijo con sencillez afectuosa:

—Aquí me quedo, amigo Juncal... Y crea V. que doy por bien empleado el percance.

Sintió Juncal que se ponía colorado de placer... Para disimular la emoción, echó á correr hacia la puerta, gritando:

—¡Catalina!... ¡Catalina!... ¡Esposa! ¡Catalina!

Presentóse la lozana panadera, de mandil blanco lo mismo que en sus buenos tiempos, con el pelo alborotado y una sonrisa complaciente en su bermeja y apetecible boca.

—Prepararás la cama en el cuarto del armario grande... Don Gabriel nos hace el favor de se quedar esta noche.

La sonrisa del ama de casa fué al oírlo más alegre todavía; sus ojos chispearon, y pronunció con el acento gutural y cantarín de las muchachas de Cebre:

—De hoy en un año vuelva á quedarse, señor, y que sea con salú.

—*Tray* un pañuelo de seda, mujer... —murmuró su esposo. — Hay que hacerle un sostén para el brazo malo.

Con prontitud, y no sin gracia, se quitó *Catuxa* el que llevaba á la garganta, que era carmesí con lista negra, y ella misma lo ató al cuello del forastero, diciendo mimosamente, con suavidad del todo galiciana:

—¿Queda así á *gustiño*, señor?

Don Gabriel agradeció sonriendo. El diminutivo, el calor de la seda que había estado en contacto con la piel de la arrogante moza, le produjeron el efecto de una caricia del país natal, adonde volvía por vez primera después de una ausencia muy prolongada.

VIII

EL cuarto que dió Juncal á su huésped era en la planta baja, cerca del comedor, y tenía puertecilla de salida á una especie de patio ó corral, donde por el día escarbaba media docena de gallinas á la sombra de un emparrado. Don Gabriel, al retirarse después de una cena no menos regalada que la comida, sintió deseo de respirar el aire fresco de la noche; apagó la vela, y alzando el pestillo se encontró en el co-